
Fernandois, Joaquín, *Política y trascendencia en Ernst Jünger, 1920-1934*. Brickle Ediciones, Santiago, 2017, 390 páginas.

El libro que esta tarde nos concita fue publicado por primera vez en 1982¹. Su autor, Joaquín Fernandois, por aquel entonces tenía 34 años. Pero una cosa es la fecha de publicación y otra la de incubación. Probablemente este trabajo comenzó a ser elaborado cuando su autor se aproximaba a los treinta años. Por tal motivo, bien podría decirse que este es un trabajo de juventud.

Trato de imaginar por qué un joven latinoamericano nacido en el cono sur de América, a orillas del océano Pacífico, decidió emprender una voluminosa investigación sobre un autor poco conocido en el mundo hispanoamericano en aquel entonces y que aún lo es en la actualidad. La única respuesta que hallo a esta pregunta es que tanto el autor del libro que nos concita como el pensador estudiado tienen cierta afinidad, cierta sensibilidad común. Común, pero no idéntica. Ambos, en mi opinión, son observadores comprometidos, a su manera, de la realidad en la cual están insertos; no obstante, ambos miran el mundo con cierta distancia. Ambos tienen algo que va a contracorriente. Ambos tienen un pie en lo universal y el otro en lo local. Ambos abogan por la singularidad de lo humano y por la dignidad de las humanidades. Quizá, por eso, ambos se reusan a someterse servilmente a los imperativos “*de la moderna ciencia natural o exacta, cuya lógica intenta imponérsele, cada vez con más éxito, a las artes, las humanidades y las ciencias sociales*”².

Pese a las afinidades que pueden existir entre el autor y su objeto de estudio, glosar la obra de Ernst Jünger no es en modo alguno tarea fácil. Descontada la dificultad de estudiar a Jünger en su propia lengua, hay otra que, en este caso, constituye una dificultad mayor. Ella es la siguiente: la prosa de Ernst Jünger no es conceptual, menos aún categorial. La escritura de Jünger es pródiga en metáforas y en el uso de recursos simbólicos. Su palabra está animada por un *pathos* que no es fácil de empaquetar en un lenguaje formal. El mismo Jünger estaba consciente de ello. Por cierto, en un pasaje de su libro *El corazón aventurero*, una obra de 1929, apunta que “*lo inefable se degrada al expresarse y al comunicarse*”³. Entonces, la dificultad que se le presenta al hermeneuta, al historiador, es ¿cómo convertir un lenguaje que es eminentemente simbólico y metafórico en un lenguaje conceptual e historiográfico? Para salvar tal dificultad, Joaquín Fernandois procede primero a configurar los

* Politólogo. Actualmente cumple funciones docentes en la Escuela de Ciencia Política de la Universidad
¹ Joaquín Fernandois, *Política y trascendencia en Ernst Jünger, 1920-1934*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1982 (dos tomos).

² Joaquín Fernandois, *Política y trascendencia en Ernst Jünger, 1920-1934*, Brickle Ediciones, Santiago, 2017 (p. 9, prólogo de la segunda edición).

³ Ernst Jünger, *Anotaciones del día y la noche. El corazón aventurero (primera versión)*, Tusquets, Buenos Aires, 2013, (p. 18).

conceptos (como, por ejemplo: poder, legitimidad, técnica, ideología, modernidad, cultura, civilización, entre otros) y premunido de tales herramientas enseguida comienza a rastrillar las páginas de Jünger para así acercar al lector al *pathos* que anima la obra temprana del autor en estudio y, en seguida, a su pensamiento.

El libro consta de cinco capítulos que están organizados no en función de una variable temporal, sino que en función de un orden conceptual. La arquitectura del libro quizás pueda impacientar a un lector apresurado que quiere llegar cuanto antes a la cuestión que anuncia el título del libro: la política y la trascendencia. Tal asunto está desarrollado en los capítulos cuarto y quinto. Pero es imposible abordar tal asunto sin los fundamentos conceptuales que están en los capítulos previos. Por cierto, el ensamblaje del libro es perfectamente lógico y coherente.

Enseguida citaré dos textos. Uno del autor en estudio y el otro del autor del libro que nos convoca. Ello con el propósito de tratar de entrever el *pathos* que trasminan ambos.

Rememorando el verano de 1914 Jünger apunta lo siguiente: *“Habíamos abandonado las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres, y en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionados hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo. Crecidos en una era de seguridad, sentíamos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido al frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de apartarnos de aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío”*⁴.

El texto citado corresponde a la primera novela de Ernst Jünger, titulada *Tempestades de acero*, que fue publicada en 1920. Como podrá advertirse, el fragmento exuda vitalidad. No hay una actitud plañidera ante la guerra. Incluso se podría decir que la guerra tiene un aroma dionisiaco. Pero, creo, que no es la guerra en sí misma lo que suscita ese estado de ánimo que tiene la frescura de un jovial oleaje marítimo. ¿Qué es, entonces, lo que suscita el alborozo? Me parece que es la ruptura del principio de individuación. Por cierto, es la sensación de pertenencia a algo mayor, a algo que logra romper el encapsulamiento individual y que, por consiguiente, ahuyenta al insípido atomismo social. Hay un cierto sentimiento simpatético. En mi opinión, la frase clave del párrafo es esta: *“en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionados hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo”*. Nótese cómo los preparativos bélicos —y la guerra misma— arrancan al individuo de la languidez de la civilización y lo sumergen de súbito en la vitalidad de la cultura. Así el encapsulamiento individual se rompe y el individuo se fusiona en una unidad mayor, en algo que lo incorpora y lo trasciende, y los átomos antes dispersos se fusionan ahora en un solo cuerpo. Se constituye, en definitiva, una nueva

⁴ Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, Tusquets, Barcelona, 2011, p. 5.

unidad; en palabras de Jünger “*un único cuerpo*”. Éste tiene, recordémoslo, dos propiedades: es “*grande y henchido de entusiasmo*”.

Personalmente, creo que Jünger tenía un pie puesto en la civilización y el otro en la cultura. Su anhelo lo empujaba hacia la cultura; pese a ello aceptaba la civilización como algo ineludible. Por eso, se afanó por sobrevivir en ella, tomando distancia de ella, replegándose temporalmente a los cuarteles de invierno para reconstituirse y regresar nuevamente al mundo de los veraneantes pálidos, de los juerguistas tristes, de los plutócratas pobres. A mediados del siglo veinte a esta modalidad de sobrevivencia la denominará *emboscadura*⁵. Como se podrá advertir, el exceso de civilización para Jünger es algo monótono, insípido e inhóspito. Por eso, la trascendencia sólo se puede alcanzar en el horizonte de la cultura. La estéril civilización clausura las posibilidades de trascendencia. En la cultura la trascendencia se despliega en tres direcciones diferentes, a saber: hacia arriba (la búsqueda de la divinidad), hacia abajo (el vínculo con lo telúrico) y hacia los lados (la fraternidad que cuaja en determinadas ordenaciones sociopolíticas, ya sean éstas de izquierda o de derecha). El individuo (en cuanto sujeto de la *civilización*, atomizado y estandarizado) no puede alcanzar la trascendencia; en cambio, el hombre singular (como vástago de la *cultura*) sí.

Ahora, citaré un párrafo de la página 96 del libro que nos concita. Dice Fernandois: “*La decadencia como doctrina ha sido a menudo denunciada como el peligroso lamento de actores sociales periclitados, no pudiendo ellos mismos participar creadoramente, y que denuncian su época como decadente, extrapolando así su propia impotencia a la época y al mundo en que viven*”.

Seleccioné este fragmento para poner de manifiesto que el supuesto pesimismo de Jünger, que también, a veces, suele imputársele a Fernandois no es tal. Y si lo fuera, dista mucho de asumir una actitud quejumbrosa por un pasado que irrevocablemente se fue. Evidentemente que en ambos hay una aguda sensibilidad por el pasado, pero no hay nostalgia por el pasado. Tampoco hay euforia ante el porvenir. No son progresistas. Ambos, además, son lectores de Oswald Spengler. Por eso, quizás, asumen que las culturas devienen en civilizaciones; que las religiones reveladas primero devienen en religiones seculares y después en meras ideologías; que las formas sociopolíticas que son aparentemente inmarcesibles, finalmente, se marchitan. Pero para ambos el enigma de lo humano sigue en pie.

Este libro —como todos los libros que han sido escrito, simultáneamente, con el corazón y la cabeza— deja una huella y una sombra de perplejidad en el lector y lo invita a seguir reflexionando sobre el misterio de lo humano. Misterio que ha sido expulsado de las aulas universitarias y que, por lo pronto, no tiene fecha de retorno.

Luis R. Oro Tapia
Universidad Central de Chile
luis_oro29@hotmail.com

⁵ Ernst Jünger, *La emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 1988.

